



NÚM. 175

BARCELONA, 13 SEPTIEMBRE 1902

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

COMO TODOS LOS AMORES



Tula Gómez se empeñaba en que si Jesús perdonó á la Magdalena porque habia amado mucho, era porque sabia que el amor y el dolor son inseparables.

No era esa la opinión de otros presentes, pero por mayoría fueron vencidos.

Claudio Trilles callaba. Todos conocíamos la historia de sus últimos amores, y á ser verdad lo que su aspecto delataba, su voto era de calidad en la discusión que sosteníamos.

Como todos los verdaderos amantes, su mayor placer era hablar de su amor, por lo que bastaron ligeras alusiones á la enfermedad que hasta hacía poco le habia retenido en la cama, para que nuestros velados deseos de conocer los hechos, se realizaran.

—Sí, sí, es verdad,—comenzó diciendo.—Estfermo, á dos dedos del suicidio, y tal como ustedes me ven, por una mujer á quien únicamente he cogido la mano dos veces. Dos años de luchas para desvanecer un obstáculo que en la imaginación de mi amada habia tomado los caracteres de un formal impedimento á nuestro matrimonio, me postraron en un día dado, y después de una entrevista de ruptura definitiva con ella, en la cama. Ni sé los días que entonces transcurrieron, ni me dí cuenta de cómo ocurrió. Mi memoria comienza desde cuando al despertar, después de muchas horas de delirio, la primera idea lúcida que acudió á mi mente fué el recuerdo de ella, y el primer nombre que pronunciaron mis labios el nombre suyo.

Durante un momento quedé perplejo; ¿seria aquello la continuación del delirio?

La imagen que ante mis ojos yo tenia, aquel rostro en el que brillaban dos ojos negros que resplandecían con la ingenua alegría de la infancia, aquel conjunto de delicadas líneas, aquel busto, aquel talle, toda ella ¿había sido una creación de mi fiebre ó era realmente la mujer que yo amaba?

Yo que jamás habia podido recordar las líneas de su rostro y sobre todo el color de sus ojos, veíala ahora tan clara y distinta, que nada escapaba á mi contemplación.

Desde sus cabellos, peinados de un modo semejante á los de las mujeres de Botticelli y que formaban con su cara de rapazuelo listo un agudo contraste, hasta sus pies coquetonamente calzados siempre, toda ella se me aparecía, y mentalmente saciaba mi mirada en aquellos encantos nacientes, en aquel cuerpo efébo, en el que la línea se hacia sinuosa más por efecto de las elegantes ondulaciones que imprimía á sus movimientos, que por las curvas que sólo comenzaban á insinuarse.

Como en otros días, parecíame verla inclinada hacia mí, y no hay imagen que pueda aproximarse á la realidad, si no es la de un lirio que el viento mece, que un lirio alto y esbelto semejava aquella criatura; y la veía reír, reír aquella risa en que se delataba la alegría infantil de su alma blanca.

Fuéronse abriendo paso los recuerdos, y reconstituí la escena, tal y como habia ocurrido días antes.

Después de meses enteros de un amor inmenso, de una fidelidad sin límites, una última conversación me dió la certidumbre de que todos mis esfuerzos eran inútiles y todos mis sacrificios estériles.

Me habia amado, sí, me habia amado; pero una causa cuya importancia jamás he podido comprender, modificó los sentimientos de su corazón, y mi adhesión y mi constancia acabaron por transformar su alma ingenua en un alma de coqueta. Satisfizo su amor propio con mis actos de humildad y acabó por ver en mí un objeto, un juguete del que á su antojo disponia. Muchas veces después he pen-

sado que lo que ocurría en ella era un fenómeno natural dada su edad que apenas la separaba de la adolescencia. Un algo que quizás fuese el amor la acercaba á mí, y otro algo que ella suponía el deber la alejaba. En pugna esos dos sentimientos acabó por establecer un *modus vivendi*, por el cual creía no faltar á ninguno de ellos observando la conducta que observaba.

Ni ella pudo comprender todo el mal que me hizo, ni yo sabría relatar hasta qué extremo llegó mi desventura.

El papel que yo había asignado á aquella mujer en mi vida, constituía mi vida misma. Perdida ella, todo para mí estaba perdido.

Cuando yo la juraba que su amor era para mí muy diferente de lo que otros amores habían sido, la pobrecita no podía comprenderme ni creerme.—¿Por qué?—se debía preguntar.—Yo no podía explicarle que puede amarse de muchas maneras y que difería mucho del sentimiento que ella me inspiraba, el sentimiento que otras me habían inspirado.

¿Qué no intenté, que no hice, antes de resolverme á renunciar hasta á la felicidad de mis ensueños? Alentada por una mirada suya, por una sonrisa, mi fantasía creaba el fantasma de una dicha que inundaba mi alma de esperanzas. Confesarme que yo conscientemente me engañaba, que nada debía ya aguardar, era cegar yo mismo aquella fuente de delicias que en la vida del sueño lograba procurarme.

Pero lo hube de hacer, y el golpe fué tan rudo que las consecuencias no se hicieron esperar. Dos días después de la última entrevista, una fiebre violenta se apoderó de mí y me postré en la cama.

—Delira aún,—oi que decían junto á mi lecho al oírme pronunciar aquel nombre que indudablemente debí repetir muchas veces en los días anteriores.

Y desgraciadamente ya no deliraba. Tenía delante de mis ojos la realidad espantosa, y nunca como en aquel momento de lucidez después de la fiebre, me pareció horrible la vida.

Ante mí aparecieron los días sin fin, las luchas sin objeto, y la soledad y el vacío por todos lados.

Con aquel amor desaparecía la fe en la vida, el último resto de mis entusiasmos, el postrer impulso de mis energías.

No pude asistir impasible al derrumbamiento de todo lo que han sido mis ilusiones, y gota á gota rodaron por mis mejillas las lágrimas de aquel dolor que ha sido un segundo en mi existencia.

Un destino se trunca á veces al choque de muy livianos obstáculos, y yo lloraba el mío incumplido por haber desaparecido el estímulo en que había fundado mis esperanzas.

La sola idea de recomenzar de nuevo me asustaba. No, no, era preferible cien veces refugiarse en el perdurable descanso, en la quietud eterna. Tal idea constituyó mi obsesión y en nada estuvo que no la realizase.

¿Después?

Después la vida ha hecho de las suyas. Tras largos días de una tristeza profunda, he llegado á este punto en que todo ha ido muriendo en mi memoria, disolviéndose, sepultándose en las entrañas del olvido; todo menos ella, que aun de vez en cuando resurge, y me muestra el agudo contraste de su cara de rapazuelo, con el peinado de virgen de Boticelli, y sus ojos intensamente negros, picarescos é ingenuos, todo á un mismo tiempo, cuya mirada todavía tiene el poder de inflamar mi alma. Quedamos todos silenciosos, y Claudio Trilles como arrobado, sin dnda en la contemplación de la imagen que acababa de evocar.

Tula Gómez parecía satisfecha por el triunfo obtenido con el voto de Trilles, pero al final, no pudo reprimir una protesta, pues la aseveración última de Claudio envolvía una ofensa á su alma de coqueta, y dirigióse á él preguntándole:

—¿Usted cree que sólo unos ojos tengan el poder exclusivo de inflamar á un alma?

A Claudio, abstraído aun, se le pasó la ocasión de contestar una galantería.

TOMÁS ORTOS RAMOS.





LA HORA DEL DESCANSO



LA JACA NEGRA

Juan Carrasco y Pablo Bellido continuaban con todo el ardor posible la antigua guerra que sus antepasados sostuvieron con ensañamiento terrible muchas veces.

La rivalidad entre ambas familias, el encono con que se trataban, el odio que se sentían, pasaba de padres á hijos como una necesidad ineludible, como un deber sagrado, formando parte integrante de la herencia que unos á otros se legaban.

Las demás personas influyentes del pueblo, tanto de uno como de otro bando, habían intentado muchas veces matar aquellos odios, poner paz entre aquellas familias, las más importantes, las mejor acomodadas y que regían los destinos de la villa llevando el rencor y la saña á todas partes.

Los esfuerzos de unos y otros resultaron inútiles siempre; contraproducentes muchas veces; y, Bellidos y Carrascos siguieron impertérritos aquella lucha cruenta, aquella campaña de exterminio y de difamación ayudados por fanáticos inconscientes y asalariados sumisos.

Con el tiempo convenciéronse todos que la reconciliación entre aquellas dos familias era imposible, y abandonaron, al fin, sus propósitos, dejando que Carrascos y Bellidos combatieran y se destruyeran á su antojo, dejando á la Providencia el cuidado de apagar aquel odio y mitigar aquellos rencores hasta hacerlos olvidar por completo.

No sucedió así, y años y años, siguieron las cosas por el mismo camino, siendo hoy verdugos los que ayer fueron víctimas, según la influencia política llevaba á unos ó á otros á la gobernación del pueblo.

Un hecho, sin embargo, hizo concebir á todos nuevas esperanzas; y creyendo el momento oportuno, decidióse á intervenir con mayor entusiasmo, con verdadero empeño, aprovechando las favorables circunstancias en que colocara la cuestión, la simpatía, la amistad, el cariño que llegaron á tomarse, allá en el colegio, el primogénito de un Carrasco y el segundo de un Bellido.

Este hecho, que generalmente se calificaba de providencial, no fué otra cosa que una consecuencia de la rivalidad hereditaria entre ambas familias, pues hubo un día en que á Juan Carrasco se le ocurrió enviar á su hijo Juanito á un gran colegio de la ciudad para que se hiciera hombre de provecho, como él decía, y á su contrario Pablo Bellido le faltó tiempo para hacer lo propio con su hijo Pablito.

Ambos jóvenes simpatizaron primero, se hicieron después amigos, y mas tarde quisieron con cariño de hermanos con gran disgusto de sus padres respectivos, que en vano pretendieron separarlos y encender en sus corazones el encono y el odio que en ellos dominaba.

Tanto Juan como Pablo predicaban incesantemente la guerra á sus hijos; pero estos desoían aquellas excitaciones y estrechaban más y más su buena amistad, ayudados á la sordina por sus respectivas familias, deseosas también de restablecer la paz entre aquellas dos casas.

Para evitar lo que sucedía, casi hubiera bastado separar á aquellos jóvenes; pero el orgullo de Carrasco hacíale decir que su hijo había ido el primero al colegio, y por lo tanto era el otro el que debía marcharse.

Bellido, decía, por su parte, que él era el alcalde, el amo entonces, y tenía derecho á que su hijo se educara donde tuviera por conveniente, así pesara á cien Carrascos juntos.

Mientras tanto, vivían los chicos la misma vida, pensaban de igual modo y de la propia manera condenaban y censuraban la conducta de sus padres, calificándolos de espíritus pequeños, de almas mezquinas, de razones secas.

Pasó así el tiempo, y llegó un día en que Juanito fué llamado por su padre, lo cual se apresuró á decir á su amigo del alma.

- ¿Y no volverás ya al colegio?—preguntó Pablito, expresando gran sentimiento.
 - Supongo que no. Mi padre dice que ya sé bastante para administrar nuestros bienes, y de sobra para vivir en el pueblo.
 - Tiene razón; pero...
 - Pero tú, como yo, hubieras querido vivir siempre así, sin pensar que llegara este caso.
 - Es verdad.
 - La separación es inevitable, por ahora; pero estoy seguro de que cuando tu padre me vea á mí en el pueblo, no tarda veinticuatro horas en llamarte.
 - Pienso lo mismo.
 - Entonces volveremos á juntarnos.
 - Y para siempre, pese á quien pese.
- Así sucedió en efecto; y ambos jóvenes continuaron en el pueblo su buena amistad, sin que sus padres pudieran separarlos, ni menos atajar aquel cariño tan sólidamente cimentado.



Juan Carrasco abordó mil veces la cuestión con su hijo, y otras tantas se estrelló contra la inflexible voluntad del joven.

—Pero ¿tú no comprendes, desdichado,—decía una noche el tío Juan, montado en cólera,—que entre esa familia y la nuestra no puede haber más que odio y guerra á muerte?

—Porque ustedes quieren.

—Porque es preciso: porque tus abuelos y los míos, y los de estos y todos así lo quisieron.

—Pues en mí se extingue ese odio y se acaba esa guerra.

—¡No digas eso!

—Digo más, padre; mucho más.

—¡Qué dices más!

—Digo: que no solamente se acabará esa guerra, sino que se hará la paz.

—¡Imposible!

—El tiempo demostrará lo contrario.

—Pero, ¿qué es lo que piensas, hijo?

—¿Quiere usted saberlo?

—Ahora mismo.

—Pues pienso casarme con Remedios

—¡La hija de un Bellido!

—La misma.

El tío Juan quedóse un momento mirando fijamente á su hijo; después dobló la frente sobre su agitado pecho y con acento conmovido, murmuró:

—Dueño eres de hacer lo que quieras; pero esa unión sería mi muerte.

—No padre mío;—exclamó Juanito, abrazándole fuertemente.—Esa unión sería mi dicha, mi felicidad, mi ventura, y, por lo tanto, la vuestra y la de todos. Yo amo á Remedios, y creo ser correspondido: la lucha será larga y empeñada, pero venceré, porque lo quiero. Carrascos y Bellidos luchasteis hasta ahora por miserias políticas: pues bien; de hoy en adelante, yo, un Carrasco, voy á luchar con un Bellido para arrancarle la prenda que más estima, la joya que en más aprecio tiene, su hija; y se la arrancaré aunque para impedirlo se levanten contra mí todas las generaciones de Bellidos.

—¡Eso, sí; por mi nombre!—objetó el tío Juan en un arranque de orgullo.—Cuando un Carrasco se lo ha propuesto de veras, ha vencido siempre, hijo mío.

—Como sucederá ahora.

—Sin embargo, casarte con esa chica...

—Está decidido, padre. Ese es mi triunfo.

—Sea como quieras; porque en último término siempre será una victoria para nosotros.

Dado el primer paso, el más difícil sin duda, siguió Juanito el camino que se trazara, y acentuó sus obsequios y finezas hacia Remedios donde quiera que la ocasión se le presentaba propicia, siendo siempre recibido por la muchacha con inequívocas muestras de agrado, de afecto y de cariño.

Se apercibió de ello la gente, y al vuelo se echaron las lenguas, que repicaron recio y fuerte, como era del caso, cuando llegó á saberse que Remedios y Juanito habían acabado por decirse sus afanes y hablarse de amores, con el consentimiento y el regocijo de todos; pero no del alcalde, ignorante de cuanto sucedía.

Los íntimos de éste quisieron ponerle al corriente de aquellos amores, pero el tío Pablo, á la primera alusión, les salió al paso, diciéndoles:

—Como hombre, no me disgusta el chico, porque sé que sabe cien veces más que todos nosotros juntos, pero es un Carrasco y basta.

—Sin embargo,—objetó el médico:—si los chicos llegaran á quererse...

—Eso complicaría el asunto; pero nada más.

—Habría que ceder;—murmuró el boticario, lleno de miedo.

—Eso, lo veríamos;—replicó el alcalde exasperado.

—Pues prepárese usted á verlo, padre, porque ya se quieren;—dijo Pablito saliendo de su cuarto desde donde había oído la conversación.

De un salto cayó el tío Juan sobre su hijo, y sacudiéndolo nerviosamente por los hombros, gritó:

—¿Qué ya se quieren!

—¡Vaya!—contestó Pablito sonriendo.—Y que harán buena pareja ¿verdad?

Pero su padre no le oía.

Soltó á su hijo, dió algunos pasos hacia la puerta del huerto y gritó:

—¡Remedios!

Siguióse un silencio sepulcral; y poco después apareció la bella hija del alcalde, en cuyo rostro se adivinaba la mortal angustia de que se hallaba poseída en aquellos momentos.

—¿Amas tú á un Carrasco?—exclamó su padre al verla.—Contesta.

—Amo á un hombre sin el cual no hay felicidad para mí en este mundo;—respondió Remedios, y se arrojó llorando á los pies de su padre.

—¡Desgraciada!—murmuró éste, con voz conmovida, dejándose caer en el ancho sillón de cuero, donde quedó abatido, bajo el peso de aquella confesión horrible queagitó su cuerpo y conmovió su espíritu.

En un instante, que pareció un siglo para los presentes, libró aquel hombre cruenta batalla; pero el inmenso amor que sentía por aquella criatura, vida de su vida y alma de su alma, triunfó de su odio y de su orgullo.

Alzó la cabeza, extendió los brazos, y atrayendo hacia sí á la desconsolada joven, exclamó con tono cariñoso no exento de amargura:

—Si tú le quieres de veras; basta. Pero dile que venga á pedirte solo y despojado de todo cuanto huela á Carrasco, porque no quiero más que su persona.

Remedios comunicó á su novio la decisión de su padre, y pasó el tiempo sin que Juanito hallara modo ni ocasión propicia para dar gusto al señor alcalde, lo cual parecía más difícil á cada momento, en atención á que el joven se resistía á despojarse voluntariamente de todo aquello que hasta entonces había constituido para él un legítimo orgullo.

La suerte vino en auxilio de los enamorados.

Era el día de la fiesta del pueblo, y á la puerta de la iglesia, donde estaba celebrándose la solemne función religiosa, hallábanse la inmensa mayoría de los jóvenes concertando un partido de pelota, cuando acertó á pasar Pablito caballero en una fogosa jaca negra, cuya soberbia estampa era la admiración de todos.

Invitado Pablito á tomar parte en el juego contestó:

—Si no fuera porque voy al río á darle un baño á la jaca, no me lo diríais dos veces.

—Si quieres,—objetó Juanito, adelantándose,—yo bañaré á la jaca.

—Conforme; pero te advierto que has de desmontar y quitarle los arrees, porque de otro modo no entrará en el agua.



Y así diciendo, se apeó; saltó Juanito á la grupa y alejóse, mientras los demás comenzaban el juego. La advertencia hecha excitó el amor propio de Juanito, quien se empeñó inútilmente en que la jaca había de entrar en el río con jinete.

Cansado de la resistencia del animal, echó Juan pie á tierra; quitóle los arreos, desnudóse él, convencido de que nadie podía verle, y exclamó:

—Veremos si ahora entras;—y saltando nuevamente á lá grupa, entabló con la jaca una verdadera lucha que terminó dando el bruto media vuelta en redondo y lanzándose hacia el pueblo á galope tendido.

Juan, sin embargo, no perdió su serenidad; soltó las riendas; agarróse al animal con brazos y piernas, y dejóse llevar, llegando así al pueblo cuyas calles atravesó en medio de risas, lamentos y gritos.

La gente se abalanzaba á las puertas ó huía despavorida; los jugadores de pelota suspendieron el juego apartándose á un lado, así como los feligreses que salían del templo, temiendo todos ser arrollados.

Pablito y los más animosos se lanzaron en seguimiento del animal que sudoroso, jadeante, echando espuma por la boca, llegó á su casa, y refrenando su carrera, atravesó la entrada y penetró en la cuadra donde se hallaba á la sazón el tío Pablo.

—Señor alcalde,—exclamó Juan al verle, pero siempre abrazado al cuello de la jaca;—vengo á pedirle la mano de Remedios.

—¡Así!—contestó el alcalde riendo á carcajadas.

—Como usted quería;—replicó Juan sin inmutarse.—Sólo, y despojado de todo lo que pueda oler á Carrasco.

—Pues tuya es, hijo mío; aunque confieso que no podía yo tanto.

PEDRO RONET ALCANTARILLA



A TI

I

Yo vi subir feliz á las alturas
al águila caudal con raudo vuelo,
la vi mecerse en las regiones puras,
y afanosa querer llegar al cielo.
¡Ay! quien cual ella desde las oscuras
y miserables prisiones de este suelo,
llegar pudiera á las regiones bellas
donde olvidadas viven las estrellas.

II

Allí... donde mi mente enardece
en la celeste llama de un deseo,
hallar pudiera imagen parecida
á la bella mujer que adoro y creo.
Marcha mi mente á la mansión florida
de la mujer que en sueños entreveo
y en su presencia, pide sin aliento
para mi lira, amor y sentimiento.

III

Los ojos de tu cara alabastrina
estrellas son de la celeste esfera;
tus cabellos los rayos que fulmina
el esplendente sol en su carrera.
Considera Julieta si es divina
tu cara angelical, que si pudiera
en gracia y hermosura te envidiara,
un serafín que del Edén bajara.

IV

Pero basta... Con fuerza poderosa
quiso cantar mi lira sin medida
tu belleza. Más dime: ¿salí airoso
de su empresa tan noble y decidida?
Si así no fué concédela dichosa
su anhelado perdón por si atrevida,
quiso cantar con fuerza sobrehumana
á la flor de Valencia más lozana.

ENRIQUE AROLAS

LA MARIPOSA

Despidiendo Áureos reflejos,
de sus transparentes alas,
vuela, y por lucir sus galas
deja sus amores lejos.

Ea la límpida corriente
contempla su imagen bella,
creer ser, por su brillo, estrella
por su color, flor viviente.

Y al suponerse flor viva,
ó brillante astro del cielo,
del vergel en raudo vuelo
se aleja, necia y altiva.

—Inocente compañera
ven aquí, dice una flor,
no desdénese nuestro amor,
por una falsa quimera.

Que el que se deja mecer,
por el sugestivo arrullo
de la pasión, y el orgullo
no hace esfuerzos por vencer,
on vez de placer, hastío
y dolor encontrará,
¡cuantas veces llorará
linda amiga su extravío!

..

No vayas tras los placeres
¡infeliz! que los seres,
solo pueden ser dichosos
rindiendo culto gustosos
al amor y á los deberes.

Nuestra amistad te ofrecemos,
y con la tuya gozamos,
tus gustos satisfaremos,
¡ven! y felices seremos
si el mútuo amor cultivamos.

De su caliz los amores
te ofrece la casta rosa,
el clavel bellos colores,
perfumes embriagadores
la violeta preciosa,
la camelia su belleza,
el jazmin nivea blancura,
la azucena su pureza
y el lirio la galanura

.....

El consejo indiferente
escucha; no halla en las flores,
ni en sus fragantes olores,
atractivos é ilusión.



Ha visto un punto brillante,
foco de luz diamantina
y hacia ella se encamina
ciega ya por la pasión.

El aspecto de esta luz
la fascina, la enloquece
vehementemente crece
el deseo de llegar.

Ya en ella á su rededor
gira caracoleado
sin ver se está marchitando
su belleza singular.

..

Pero ¡que importa! el calor
la atrae, el placer la embriaga
la brillante luz halaga
su altivez y propio amor.

Sigue girando. Dolor
agudo siente al huir,
cae al suelo, vuelve á subir
por la pasión atraída,
no hay valor para la huida
y... tiene que sucumbir.

..

¡Inocente! ¡Infeliz mariposilla!
al recordar tu historia
brevisima y sencilla
acuden en tropel á la memoria
un mar de reflexiones.

La cadena de dulces eslabones
de amor y de amistad rompió un día,
te dejaste arrastrar por las pasiones,
en el placer buscando la alegría
y encontrastes ¡oh falsas ilusiones!
el agudo dolor de la agonía.

..

Así los hombres el placer buscando
marchitan sus más puros sentimientos,
las alas queman de sus pensamientos,
secos sus corazones van dejando.

El jardín de la vida van hollando,
desprecian del amor las melodías,
de la grata amistad las alegrías
van tras la dicha; pero en su lugar,
hallan dolor, hastío á veces muerte
se hace el vacío en rededor del alma
piérdese la ilusión, la fe, la calma
solo queda un consuelo, el de llorar.

MARCELIANO RICO



Es indudable que progresamos atrozmente. Cada día surge un nuevo invento que nos deja á todos con la boca abierta, aun cuando después se cuide él mismo de cerrársela. De eso se han dado infinidad de casos. se queda usted mirando pasar á una mujer hermosa, y... ¡poff! trituración y adoquinación de la calle con sus huesos, por un tranvía eléctrico; detéñese cualquier hijo de vecino á encender un cigarro en la calle y á un *alambrito neurasténico* del mencionado tranvía le entran ganas de andar en tizón rueda, electrocutado, como una pelota: sistema *bueno, bonito y barato*; que se aventura usted por esas calles de Dios tras la *infel* judía ó el *católico* garbanzo, porque el estómago no progresa ni progresa; pues *automovilto* al canto con despanzurramiento al borde; sólo consuela una cosa: el pensar que dentro de poco no se morirá nadie; la mitad de las enfermedades no existen, quien las usa es por *sport*; sino leed la cuarta plana de los grandes rotativos (modernicémoslos) y en ella lo veréis escrito con férreos caracteres (vaya unas frascecitas ¿eh?)

«¡No más tísicos!»
«¡No más ciegos!»
«¡No más sordos!»
«¡¡¡Fuera esa muela!!!!»
«¡¡¡¡Quien tiene dolores de cabeza es porque le da la gana!!!!»

Sin embargo, todavía no he podido ver el anuncio de un *sabidito*; de algún veneno fulminante contra los *artistas* en despojar á uno de dos pesetas sombrero en mano.

Donde se ha realizado una verdadera revolución es en las epístolas (siguen las frascecitas) declaratorias amorosas. Hay un joven que se declaró á la hija de un capitán de dragones poniendo en su tarjeta lo siguiente:

A la señorita Catalina Cascada

Cayetanito Sinfreno

CORREDOR DE HABAS VERDES

Desea con usted *hustiar* la vicaría.

S./C. Cundra buja, 5, 4.º

Y la echó por debajo de la puerta del piso de su adorada.

La contestación que recibió Cayetanito no pudo ser otra cosa de lo que fué: un saco de paja enviado por el papá de la niña.

Pero como á todo hay quien gane en este pícaro mundo, un hortera que yo conozco le ha echado la zancadilla á Cayetanito en eso de las innovaciones. El pobre está loco perdido por mi vecina del segundo; ella no le quiere por la nariz tan descomunal que posee; y hace bien, pues además del tamaño las moscas han tomado el tal apéndice como país conquistado y cuando no se meten por las ventanillas es porque están haciendo ejercicios acrobáticos en el empuje.

El desgraciado, habiendo agotado ya todos los procedimientos imaginables para que ella lea sus cartas, me dijo un día:

—Tengo una idea superior. Hoy se entera Tomasita de que la adoro.

—Hombre ¿qué es?

—Pues ya verá usted: envuelvo unos dulces en un papel en donde escribo unos versos amorosos y se los *rezmito*.

Dicho y hecho al cabo de una hora había en el piso segundo un *zipzape* que la casa bailaba; yo subí presintiendo una catástrofe.

La criada tendida boca abajo en el pasillo bebreaba como un ternero y coceaba más que un mulo.

Tomasita y su madre la miraban asombradas.

—Pero ¿qué le pasa?—pregunté.

—No sabemos; estaba lamiendo el papel donde vinieron los dulces que nos mandó el chico de enfrente y de pronto se ha puesto así.

—¡Ah desgraciada! Ya se lo que tiene,—exclamé,—por lamer el azúcar ha lamido los versos del hortera y se le han indigestado.

—¡Sí! Una indigestión de versos *horteriles*.

ELADIO SOS Y GAUTREAU

HUMORADAS DE CAMPOAMOR

Ser fiel, siempre que quieres, es tu lema; pero tú, ¿quieres siempre? He aquí el problema.

No te ablandes oyendo sus acentos que el diablo, en ocasiones, acalora los buenos sentimientos para hacer cometer malas acciones.

Aunque el amor suele morir de hantura, lo que nunca se había es la ternura.

PEPITORIA

JEROGLÍFICO

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 37.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.

Magdalena la Mendiga, por L. Jaccoliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jaccoliot.

Orso, por Enrique Syenekewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Las lágrimas de Juana, por Arsenio Housaye.

La necesidad del crimen, por Julio Perrin.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

GOTAS

Buscando alivio al pesar que me causó su desvío crucé el anchuroso mar sin conseguir arrancar su imagen del pecho mío.

Es mi voluntad sincera que tan pronto como muera encarguen al pregonero que grite ante el mundo entero: ¡Ya es feliz quien no lo era!

La experiencia del doctor que nos cita Campoamor suele resultar mentira: si es un ángel quien lo inspira, la ausencia aumenta el amor.

He tenido un dulce sueño durante el cual he cobrado un millón de que era dueño y al despertar... sólo he hallado tres papeletas de empeño.

MAMERTO PÉREZ SERRANO



NOVEJARQUE

Las soluciones en el próximo número

Mientras caen las más altas torres con estragos mil va aumentando la gran fama del doctor LADIVONSIM.

TROVA

No hay que hacer juramentos contra las hembras, porque ellas son el fuego y el hombre yesca. Y los que dicen que son como la nieve, más se derriren.

GUILLERMO PRIETO

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior
Charada en acción.—

AL-BO-RO-TAR

1.ª 2.ª 3.ª 4.ª

Figura acróstica.—

SA	VO	NA	RO	LA
VO	CE	RI	A	
NA	RI	SO		
RO	A			
LA				

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

H. R.—Madrid.—Su romance hubiera gustado mucho, á no dudar, en la época en que la gente se deleitaba con *El libro de los cantares* del buen Trucha; hay que tener presente que estamos en el siglo XX.

M. S. M.—Enterado.

I. M. A.—La *Rápida* que ha enviado no sirve.

A. B.—Zaragoza.—Su poesía está archicu-

quetelien.

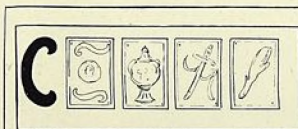
Céfiro.—Ya tuve el gusto de manifestarle que el artículo quedaba admitido.

J. M.—Madrid.—Publicaré con mucho gusto lo que envíe, pero la poesía que acabo de recibir es demasiado circunstancial, y como de insertarse, á pesar de todo, pasaría algún tiempo, perdería su oportunidad.

Urbano.—Gracias, hermano, pero no nos hace falta. Se me olvidaba: no se escribe *berriaco*, sino *verriaco*.

M. P. S.—Arévalo.—Mi querer revela unas ambiciones tan desmedidas que temo se alarmaría la gente en cuanto llegase á enterarse. M. P. S.—Arévalo.—Sentiría ofender su modestia, y mas aún ser causa de que tomara usted por lo serio el culto de la poesía, pero he de manifestarle que lo hace usted sumamente bien.

JEROGLÍFICO, por Novejarque



T
H
O

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

EJERCITO BRITANICO INSULAR



INFANTERÍA: OFICIAL DE GRANADEROS